



Capítulo 74

Había pasado aproximadamente una semana y cinco días desde que dejamos la colonia.

«¡Entonces, espero volver a verlo pronto, conde!».

«Por supuesto».

Dejando atrás al jefe de los comerciantes, que se inclinó profundamente con un gesto similar al de cerrar una carpeta, Alon decidió regresar primero a la finca del conde Palatio. Esto se debía a que no podía llevarse el carro del tesoro que había recibido de la colonia en el próximo viaje.

Así que se dirigió de vuelta a la finca del conde, guardó ambos carros y partió inmediatamente hacia Lartania.

Si el camino a Lartania hubiera sido completamente opuesto a la ruta a Raksas, habría proseguido hacia su destino sin dudarlo. Afortunadamente, Lartania se encontraba de camino a Raksas.

Aunque no era el desvío más corto, estaba dispuesto a soportarlo y emprender otro viaje.

Cinco días después...

«Conte».



Mientras Alon contemplaba con la mirada perdida el tranquilo bosque, Evan, que conducía el carro, le hizo de repente una pregunta.

«¿Qué pasa?».

«No es nada especial, pero parece que últimamente tienes algo en la cabeza».

«¿Lo parece?».

«Sí, últimamente has estado muy distraído, ¿verdad?».

Alon permaneció en silencio durante un momento antes de responder al comentario de Evan.

«Parece que sí».

«¿Es por lo que mencionaste antes? ¿Que tenías algo en qué pensar?».

Ante las palabras de Evan, Alon pensó: «En parte sí». Sin embargo, lo que había estado ocupando los pensamientos de Alon últimamente no tenía que ver con la fe.

Por supuesto, sentía curiosidad por saber por qué de repente poseía la capacidad de aprovechar el poder. Pero simplemente no había suficiente información para reflexionar o deducir nada por sí solo. En ese momento, Alon no se centraba en la fe, sino en las últimas palabras pronunciadas por el dragón.

«... Dos posibilidades».



Recordó la conversación que habían mantenido los dragones sobre la magia en aquel momento.

«Como sabes, la magia de un mago requiere fundamentalmente «imaginación» para ser utilizada. Esta es una ley y una verdad inmutables, tan ciertas y naturales como la salida y la puesta del sol. Sin embargo, pareces ignorarla sin esfuerzo».

Alon recordó al dragón extendiendo sus afilados y poco comunes dedos índice y medio, diferentes a los de los humanos.

«La ley es inmutable. No se puede cambiar y no se debe cambiar. Por lo tanto, creo que te encuentras en una de dos posibilidades».

«Una es que tú, aquí delante de mí, eres una existencia que va más allá de mi imaginación».

«Y la otra es que simplemente no lo recuerdas».

Recordando las palabras de despedida del dragón, Alon chasqueó la lengua.

«Por más que lo pienso, ninguna de las dos opciones me parece correcta».

Obviamente, Alon no era un ser inhumano. Si lo fuera, como sugería el dragón, no estaría luchando así en primer lugar.

Sin embargo, la segunda sugerencia sobre la «memoria» tampoco le convencía a Alon. Nunca había vivido durante la Era de los Dioses Olvidados, cuando se sabía que existían los magos. Incluso en el juego, la Era de los Dioses



Olvidados era solo parte de la tradición, mientras que las frases babilónicas y los hombres bestia eran solo medios para mejorar el poder de ataque mágico, nunca explorados en profundidad.

En otras palabras, Alon había aprendido un poco sobre la imaginación solo a través de su conversación con el dragón.

Como resultado, cuando Alon le preguntó inicialmente al dragón si había otras posibilidades, este afirmó con rotundidad que no había más opciones que las dos mencionadas.

«¿Por qué, a medida que pasa el tiempo, aprendo más sobre cosas que no sabía en lugar de descubrir verdades ocultas?». Alon suspiró brevemente, pero luego se encogió de hombros. Según el dragón, cuando finalmente llegara a Raksas, vería por fin la verdad de este mundo.

Por supuesto, para él, ver la verdad del mundo era menos importante que predecir si esta verdad traería peligro al mundo. Después de todo, su objetivo final, tanto entonces como ahora, era llevar una vida pacífica.

«Una vida tranquila...».

Evan, al oír el murmullo de Alon entre el ruido de las ruedas, tomó la palabra.

«¿Deseas vivir una vida tranquila?».

«Por supuesto».

«... Para alguien que dice eso, tu vida no parece muy tranquila».



«Es solo que ahora mismo estoy un poco ocupado».

«No creo que las cosas vayan a cambiar en unos años...».

Alon no respondió. En el fondo, sabía que las palabras de Evan no estaban del todo desencaminadas.

—Evan.

«¿Sí?»

«Para cenar esta noche, solo come un poco de camote».

«¿Qué?».

Pero pensar y decir son dos cosas diferentes, así que Alon, mostrando un ligero indicio de irritación, miró fuera del vagón. Contrariamente al estado de ánimo de Alon, el paisaje exterior estaba tan tranquilo como siempre. Era un día de atardecer tardío.

Unos días más tarde, al llegar a Lartania, Alon decidió pasar por una tienda cercana para comprar un regalo adecuado antes de dirigirse a Merd. No esperaba que le tasaran el artefacto de forma gratuita, pero creía que era de buena educación llevar uno o dos regalos cuando se visitaba la casa de alguien. Además, lamentaba no haber llevado un regalo la última vez que salió corriendo para ocuparse de un Dios Exterior.



Recordando la gastada pluma estilográfica de la oficina de Rine, Alon se detuvo en una tienda para comprar una. Mientras buscaba algo que no fuera demasiado extravagante, pero que tampoco pareciera barato, escuchó algunos rumores.

«¿Te has enterado?».

«¿Qué?»

«Uno de los miembros del Triunvirato ha muerto de nuevo».

«Yo también lo he oído. Te refieres a Vima, ¿verdad?».

«Sí, ese mismo».

«Mmm, teniendo en cuenta los sobornos que se embolsó, en cierto modo se lo merecía... Pero con Riet, otro miembro del Triunvirato, también muerto...».

«Solo queda Rine. Por eso hay tanto revuelo».

«¿Por qué?».

«Lo escuché en alguna parte, pero se rumorea que ella mató a todos los miembros del Triunvirato».

«¿Por qué? ¿Cómo empezó ese rumor?».

«No está del todo claro, pero dicen que tuvieron un enfrentamiento recientemente. Al parecer, alguien insultó a su padrino...».



«...?»

Era un rumor bastante inquietante.

Deus Macallian, conocido como la Segunda Espada entre las Cinco Espadas de Caliban, era increíblemente famoso en todo el país. Aunque no era oficial ni estaba registrado, el hecho de que ya hubiera derrotado a Reinhardt era ampliamente conocido en todo Caliban.

A pesar de su brillante reputación y su abrumador carisma, había rumores sobre su sospechosa afición por la magia, a pesar de ser un Caballero Maestro. Algunos incluso afirmaban que, durante su entrenamiento nocturno con la espada, a veces adoptaba posturas peculiares e imitaba el lanzamiento de hechizos cuando nadie lo veía...

Sin embargo, la fama de Deus Macallian era tan abrumadora que esos extraños rumores apenas podían empañarla. No obstante, no todo el mundo veía esta situación con buenos ojos. Uno de estos escépticos era el príncipe de Caliban.

El príncipe Tyrian, segundo príncipe de Caliban e hijo del rey Palmaryan IV, no estaba satisfecho con la situación actual. Esto se debía principalmente a su enemistad con Deus Macallian. Por supuesto, esta tensa relación era culpa exclusivamente suya.

A diferencia del príncipe heredero, considerado apto para el trono, Tyrian era conocido como el alborotador del palacio. En el pasado, había intentado acercarse a la única hermana de Deus Macallian con comentarios groseros e indecentes. Como resultado, fue humillado en un duelo, sancionado por el rey,



en el que recibió una severa paliza. Este incidente dejó a Tyrian con un profundo resentimiento hacia Deus.

«Tsk».

A pesar de su renuencia a pensar en Deus, los pensamientos de Tyrian se dirigieron hacia él hoy debido a una solicitud secreta que había recibido. La solicitud era ejercer presión política sobre el conde Palatio.

Cumplir con la petición no era especialmente difícil; de hecho, era algo que Tyrian tenía que hacer. A pesar de su notorio comportamiento, Tyrian había logrado mantener su facción, en gran parte gracias al «objeto» que le había proporcionado la persona que le había hecho la petición.

Además, la petición en sí no era especialmente difícil. Ejercer presión política sobre el conde Palatio sin motivo era arriesgado para Tyrian. Al fin y al cabo, el conde Palatio era un noble del reino de Asteria, no de Caliban. Aunque Caliban y Asteria estaban unidos bajo una confederación, seguía siendo un asunto delicado interferir de esta manera en la nobleza de otra nación.

Sin embargo, había una razón por la que Tyrian consideraba fácil presionar al conde Palatio: la persona que envió la carta proporcionó información razonable que haría parecer natural que el segundo príncipe de Caliban ejerciera tal presión.

En otras palabras, Tyrian podía presionar al conde Palatio sin correr un riesgo significativo. Además, al hacerlo, podía poner al remitente de la carta en una posición de ligera deuda con él.

El verdadero problema era la estrecha relación entre el conde Palatio y Deus Macallian. Para ser más precisos, era preocupante que Deus Macallian pareciera sentir un cariño inusual por el conde Palatio.



«Hmph...».

Tyrian sabía que durante las reuniones de las Cinco Espadas, cada vez que surgía el tema de los magos, Deus pronto comenzaba a hablar de la grandeza del conde Palatio durante casi una hora. Tyrian era consciente de ello porque recibía regularmente informes de una de las espadas aliadas con su facción. Recientemente, Deus incluso había elogiado abruptamente al conde Palatio, diciendo cosas como: «¿Por qué siempre me viene a la mente el conde Palatio?».

Esto dejó a Tyrian en un dilema. Oponerse al conde Palatio era insignificante en comparación con los posibles beneficios. Para Tyrian, que despreciaba a Deus, era la oportunidad perfecta para socavar a alguien a quien Deus adoraba.

Sin embargo, Tyrian dudó. No estaba seguro de lo que Deus Macallian podría hacer una vez que se enterara de esta jugada. A pesar de su fama, Deus era como un perro rabioso.

Después de reflexionar un rato, Tyrian finalmente tomó una decisión.

«Por muy loco que esté, no puede actuar».

Una sonrisa astuta se dibujó en el rostro de Tyrian. La única razón por la que Deus Macallian había podido golpearlo y humillarlo antes era porque tenía una causa justa. Sin una causa justa, ni siquiera un perro rabioso como Deus Macallian podría tocarlo.

A pesar de su reducida influencia y de la disminución de la confianza del rey actual, Tyrian seguía siendo el segundo príncipe de Caliban. Hacerle daño sin ninguna justificación sería una locura, y Deus también lo sabía.



Por lo tanto, Tyrian estaba convencido de que Deus no se atrevería a hacer nada.

Al menos, hasta el día anterior.

¡BOOM!

Con expresión inexpresiva, Tyrian miró al frente. La puerta de la oficina del anexo del palacio donde se alojaba había sido destrozada y allí había un hombre.

Sosteniendo una espada de madera en una mano, el hombre no era otro que Deus Macallian.

«La Espada de Caliban saluda al sucesor de las Cinco Espadas», dijo con los ojos ardientes de intensa ferocidad.

«He venido a pedirte algo».

Había venido a por Tyrian.